

Actualidad inconsciente

Por: Eduardo García Silva.

Sin inconsciente, el psicoanálisis no sería tal y sin el psicoanálisis el inconsciente no sería lo que es a partir de Freud. Sin embargo, las dificultades con el término, inician desde el momento en que eso inconsciente es maleable y huidizo, pero sin embargo, siempre presente y evidente.

“¿Dónde está el inconsciente?”, tal es la pregunta que los críticos del psicoanálisis le formulan todo el tiempo, ahora incluso algunas disciplinas intentan “ver” en la amígdala el lugar del inconsciente. Pero no intentaremos dar una respuesta a estos críticos, sino volver a esa pregunta y planteárnosla desde ya con una lectura que pueda apoyarse ahí donde Freud no tuvo un apoyo, pues el momento histórico-epistémico no se lo podía otorgar: la lingüística y la topología lacaniana.

Preguntar “¿dónde está el inconsciente?”, implica ya la posibilidad de que el inconsciente esté, pero sabemos que en tanto que este término de “inconsciente” presenta un aspecto sustantivo y uno cualitativo, vale entonces también que nos preguntemos si el inconsciente es. Tenemos pues dos preguntas fundamentales: <<¿dónde **está el** inconsciente?>> y <<¿dónde **es lo** inconsciente?>>, ser y estar, esa es la cuestión.

En cuanto a la primera pregunta, podemos decir que con Freud se puede tener la idea de que el inconsciente es un lugar: ahí donde se “encontrarían” el deseo, las pulsiones, el proceso primario, el ello y partes del yo y el super-yo, etc; algo así como la *bodega* que contiene la esencia no sabida del propio sujeto; sin embargo, Lacan viene a poner el acento del inconsciente en su estructuración como lenguaje, para Lacan ya no es más esa bodega con recuerdos, deseos,

fantasías, amores, odios, etc, sino que pasa a ser una cadena significativa que a cada momento (a cada significativo, podríamos decir), da cuenta del deseo que habita al sujeto, vehiculizándolo en los sueños, lapsus, síntomas y chistes que aparecen ahí donde el sujeto en tanto tal se desvanece para escuchar ese discurso que le acude desde esas formaciones, siendo estas, las únicas vías que dan cuenta de eso inconsciente. Con esta articulación que Lacan hace, ya se anuncia la posibilidad de abordar la segunda pregunta que apunta al lugar donde lo inconsciente es, y podemos entonces responder que lo inconsciente es en sus formaciones, es por esto que ahora aparece aquí, luego allá. Si fuese totalmente necesario decir donde está el inconsciente, lo diríamos con la física atómica pidiéndole prestado a Heisenberg su principio de incertidumbre, es decir, tal como un electrón, un protón o un neutrón, sabemos que “ahí anda”, en un espacio que al momento de señalarlo, en esa fracción milésima de tiempo, ya está ocupando otro espacio, porque está en movimiento y no es estático (a veces ni siquiera estético) pero que en un tiempo determinado, sus movimientos nos señalarían su campo de acción; así el inconsciente se anuncia en **lo** inconsciente, en lo inconsciente del sueño, del síntoma, del lapsus, del olvido y aparece en un lugar pero solamente para referir y señalar otro: efecto significativo, de tal manera que si nos las vemos con un síntoma y lo interpretamos, no habremos “capturado” lo inconsciente de él, pues en gran parte su función será la de señalar a otra cosa en la que se apuntala y en la que se constituye como síntoma, o sea, su deseo, pero al mismo tiempo ese deseo nos llevaría a su cosa, es decir a la cosa, a la causa del deseo, para luego pasar a su génesis, a lo que la genera: una falta, y asimismo, una falta no es por sí sola, la falta en tanto significativo refiere a lo que falta, lo que nos lleva entonces ahora a la posibilidad de una completud y de la existencia del falo, mismos que se erigen sobre la hiancia de la separación y la castración, pero a partir de un discurso, de una prohibición, podríamos decir, de un discurso de ley, justo ese que alimenta al deseo, y ya estamos nuevamente a la entrada del síntoma que aparece cuando un deseo no puede ser realizado, ¡vaya curso!. Así pues, no hay **un** lugar del inconsciente, hay un curso, y hay también un discurso de lo inconsciente, un discurso que tiene algo que decir y caemos en

cuenta aquí de esa propuesta de Lacan del inconsciente estructurado como un lenguaje.

Así pues, lo inconsciente va y viene, se anuncia y se enuncia, sin embargo permanece ajeno a la objetivación y a la aprehensión, y aún cuando no se le puede (de)tener, causa efectos en el sujeto desde el que se habla. Escuchar lo inconsciente, he ahí la genialidad de Freud quien no se detuvo ante un intento de objetivar lo que sus pacientes le decían de lo que *padecían*. Antes que cualquier clasificación le acudiera para nombrar “eso”, escuchó lo que “eso” nombraba en su decir, lo que el síntoma guardaba anunciándolo, lo que el sueño ocultaba para poder decirlo: el deseo. Un deseo que justamente tiene esa cualidad de la que hablamos al inicio, ser inconsciente.

“*Si, sí, pero demuestren dónde está el inconsciente*” siguen cuestionando los críticos, y no sólo eso, sino que “*esa teoría ya es caduca, Freud vivió en el siglo pasado y después de él ha habido nuevos descubrimientos y terapias más efectivas y rápidas*”; como si el psicoanálisis estuviera en competencia por ganarle tiempo al sujeto y liberarlo de sus síntomas con el menor tiempo, dinero y esfuerzo, como si el criterio para la vigencia de un descubrimiento en la naturaleza humana o de su medio fuera sólo el tiempo. Hace ya también trescientos treinta y nueve años (en 1666) que el fundador de la ciencia **moderna**, Isaac Newton, descubrió el principio de gravedad y muchos otros de la física y hace trescientos dieciocho años (1687) que los publicó en su *Principia Matemática* y estableció un campo nuevo en la ciencia rigurosa y hasta el día de hoy las manzanas no dejan de caer si las soltamos en el aire sólo porque Newton vivió hace tres siglos y ya sería caduco; tampoco América ha dejado de existir por otro continente porque hace más de quinientos años que se le “descubrió”, ni mucho menos la tierra a pasado, para tener un toque de modernidad, a girar alrededor de Plutón, de la Luna o a hacer que éstos y el sol ahora giren en torno a ella sólo porque desde 1663 se prohibió y desestimó la enseñanza de Galileo y Copérnico y eso que hoy la astrofísica sin duda que tiene muchos nuevos descubrimientos.

Es decir, el descubrimiento freudiano evidencia la naturaleza humana en su psiquismo, así como la aportación darwiniana la evidencia en su biologismo y la copernicana y galileana vienen a poner al mundo en su lugar; ahí no hay invenciones ni pretensiones teóricas, más bien se trata de descubrir lo que es, y lo que es, es independiente a lo que de ello se puede pensar a través del tiempo, así, el hombre seguirá siendo hombre hasta el día en que desapareciera como especie, y seguirá amando y odiando. Señalar que el psicoanálisis es caduco, es creer que el hombre lo es según el año en que viva, es ignorar su naturaleza y su constitución.

En la práctica clínica nos topamos día a día con esa atemporalidad y esa aespacialidad en que el sujeto se mueve, pues cuando un analizante de pronto recuerda y vivencia algún afecto hace ya mucho tiempo olvidado o reprimido, no hace más que ser un poco más el que ya era, pero que le dará lugar a tomar una posición diferente ahora. Cuando se establece la transferencia, aparece lo más íntimo del sujeto en el exterior: movimiento pulsional que lanza las mociones más arraigadas a lo externo para luego ser “digeridas” o rechazadas desde ahí. En todo caso, no paramos de ser sorprendidos por lo inconsciente cuando irrumpe aquí y allá, y si apenas podemos ubicarlo, generalmente solo es posible a posteriori. Su estatuto esquemático es también complejo; Freud, ya desde la carta 52¹ anuncia su posible ubicación en un esquema del aparato psíquico y lo ubica entre los signos de percepción y lo preconsciente; cosa curiosa que su ubicación sea definida a partir de sus referentes.

La topología nos pone sobre aviso de que ya no se trata únicamente de “hacer consciente lo inconsciente”, sino que se trata de seguir esa línea que pasa de lo interior a lo exterior para volver a constituir lo interior y volver a lo exterior y así sucesivamente. ¿Cuál es pues la revelación de lo inconsciente?; en primer lugar, para decir que lo inconsciente se puede revelar es necesario entonces que

¹ Freud, S. (1896) Carta 52, tomo I, Obras Completas, Amorrortu editores, p.p. 274-280.

antes esté ya velado, que tenga sus velos encima, como la bailarina árabe, que cubre y seduce; así eso inconsciente se cubre y en este cubrirse nos da la señal de su existencia, pues entonces suponemos algo de ese velo², cuando el velo para lo inconsciente no es otra cosa que un lenguaje y un discurso, pero que nos dice una verdad a medias, nos deja esperando la otra parte que nunca llegará si no atendiéramos también a lo que no dice. Tal es el discurso del síntoma por ejemplo, como ya lo sabemos. Pero al mismo tiempo que lo inconsciente se revela, también se rebela en su decir, toda vez que la enunciación rebasa a lo enunciado y no pocas veces pone al sujeto en problemas: “*perdón, no quise decir eso*”, “*disculpa, en verdad no te vi*”, “*es que se me olvidó*”, etc; tales son los aprietos de los que el sujeto con estas comunes excusas intenta zafarse de su deseo y del que no quiere saber nada. Verdadero estatuto de rebelión inconsciente, de inconformidad para quedarse petrificado; es preciso darse a escuchar, rebelarse y poderle revelar al sujeto algo de sí mismo. Aunque la mayoría de las veces el sujeto no hará otra cosa que echarle encima a su deseo más velos para no verlo: re-velarlo.

De tal forma que lo que tiene efecto de revelación en un análisis es precisamente lo que apunta a la caída de los velos y que deja al descubierto la esencia del deseo.

Hay pues seducción en el discurso donde lo inconsciente se anuncia, seducción que invita a voltear la mirada (o la escucha), a lo que está detrás de lo que se dice, pero de lo que el sujeto nada quiere saber y no quiere saber nada justo porque eso que se anuncia es nada más y nada menos que lo que le es más familiar, su heimlich; pero ya sabemos por Freud que eso familiar resulta tanto más ominoso cuanto más familiar es, de tal forma que lo heimlich deviene en unheimlich³. Bajo esta perspectiva resulta difícil creer que el sujeto pudiese desprenderse de lo que más es suyo, y que no dejará de anunciarse de una u otra forma. ¿de qué se trata entonces en un análisis, de que lo inconsciente cese de

² Lacan, J. (1957) Seminario 4. La relación de objeto, Editorial Paidós, p.p. 152-166.

³ Freud, S. (1919), Lo ominoso, tomoXVII, Amorrortu editores.

ponerle traspiés al sujeto y “se calle la boca”, o de que el sujeto se convierta en un prudente portador de su inconsciente y permita libre expresión a este sin mortificarse más?.

Es obvio que el negarse a escuchar lo que lo inconsciente tiene para decir, puede ser contribuir con los requisitos para la formación de síntomas, así como el permitirse cualquier cosa luego de atender a lo inconsciente puede generarle nuevas dificultades al sujeto, generalmente con los demás; entonces no se trataría de una cosa ni de otra, sino de la posición que el sujeto tenga ante esto inconsciente. Es decir, por mucho análisis que el sujeto haya vivido, no por esto dejará de haber represión, deseo, falta, etc; que lo incomoden de vez en vez, pero ahora él podrá hacer de eso algo distinto a un síntoma con eso que se le seguirá rebelando y revelando.

La escucha que se hace en la clínica es pues, no la escucha de un lugar, aquél que su-pondría al inconsciente solo en una tópica, sino que es una escucha de lo que discurre a flor de piel, de un verbo, es aquí donde la lingüística apoya esta escucha. Lacan lo articula desde 1953⁴ donde podemos leer entre líneas⁵ que las posibilidades de la palabra van más allá de nombrar cosas o situaciones para signar y significar las vivencias del sujeto y a él mismo desde una palabra que hace nombre por ejemplo, o de un sufrimiento metaforizado en el cuerpo, que habla y grita y donde esta misma palabra no le pertenece al sujeto toda vez que le viene del campo del Otro, ni tampoco él la porta, todo lo contrario, él es sujeto a partir de que se inscribe en el mundo mediante la palabra e inscribe al mundo en su subjetividad también por la palabra, o sea, cuando las percepciones pasan a ese registro del que nos habla Freud como signos de percepción anudados a representaciones-palabra⁶; donde lo interno solo es posible a partir de la exterioridad; donde el sujeto será tal solo cuando se diferencie de la madre, o sea,

⁴ Lacan, J. (1953), Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis, tomo I, Escritos, Siglo XXI editores.

⁵ Lo cual siempre implica cierto riesgo de perderse en lo que un texto puede no decir.

⁶ Freud, S. (1896) Carta 52, tomo I, Obras Completas, Amorrortu editores.

cuando pueda dirigirse a ella con su demanda ya que si se dirige a ella con una demanda es porque la necesita y solamente la necesitará cuando se haya concretado la posibilidad de su ausencia, cuando pueda entonces jugar a su fort-da.

Palabras que van y que vienen, que entran y que salen, que signan, que significan, que engañan y que denuncian; tal es el universo en el que nos encontramos inmersos cuando hablamos y cuando somos hablados por lo que decimos sin darnos cuenta.

El objetivo desde la clínica psicoanalítica no es entonces –como algunos creen- hacer consciente lo inconsciente, pues en ese sentido el análisis no tendría fin ya que no podemos pretender que haya un momento en el que el sujeto se “librara” de lo inconsciente al haberlo hecho todo consciente, es decir, ¿se quedaría este sujeto al final de análisis sin inconsciente?, pregunta absurda, pero congruente con el postulado de que el objetivo analítico es hacer consciente lo inconsciente. Un final de análisis es posible cuando lo entendemos como método⁷, pero no como proceso, no es tomar una vacuna contra lo inconsciente, ni negarlo,

⁷ Restaría aún ver qué es eso del método en psicoanálisis, lo que nos llevaría también a meternos en terreno de la técnica psicoanalítica. Como esto no es el tema solamente apuntamos lo siguiente en cuanto a la técnica, lo que bien nos daría para todo un seminario:

¿Es posible hablar de técnica en psicoanálisis?, y más aún, ¿es posible hablar de técnica del psicoanálisis?. La International Psychoanalytical Association, fundada por Freud en 1910 ha establecido normas para la formación del analista y para la intervención desde la clínica (asignación del analista para el análisis personal y de control del candidato a analista -*análisis didáctico*-, tiempos determinados de la sesión analítica, etc.). Freud propone efectivamente una manera específica de intervenir y de encuadrar el análisis a la que denomina técnica; y no solo eso, sino que se permite “aconsejar” al médico sobre lo que *debería* ser el tratamiento psicoanalítico. Por otro lado se impone igualmente la pregunta de si es posible no hablar de técnica en psicoanálisis. Ahora bien, Freud ¿era freudiano?: analizaba a miembros de su propia familia, conocidos y allegados a la familia, atestaba su consultorio con figurillas que evidenciaban sus gustos e intereses, recibía ayuda de sus pacientes para asuntos personales, etc. Por su parte, Lacan por haber operado un cambio en la técnica psicoanalítica pagó el precio de la “*excomunió*n” de la Société Psychanalytique de París. y consecutivamente de la I.P.A., pero ese cambio fue a su vez consecuencia de su retorno a Freud. Una técnica permite que la cosa ande, pero ¿qué sucede cuando un analista pretende que la cosa ande con su paciente, que funcione, cuando este discurso pertenece al amo a quien precisamente le importa que la cosa funcione?, ¿desde donde entonces se posiciona un analista, no solo ante su paciente, sino entre un paciente y una técnica?.

el proceso en todo caso permite al sujeto darle su lugar a lo inconsciente y esto es escuchándolo, pues bien podríamos decir que es lo inconsciente lo que muchas veces pone al sujeto en su lugar: como carente, como castrado y como incompleto.

En cuanto a las preguntas que nos planteábamos al inicio, podemos responder lo siguiente: ¿Dónde **está el** inconsciente?: más que ubicarlo en cualquier esquema, diremos sencillamente que el inconsciente está en el sujeto, habitándolo; ¿dónde **es lo** inconsciente?: en el discurso del sujeto, discurso al cual precisamente se encuentra sujeto y por el cual, al ser escuchado, un sujeto podrá, eventualmente, encontrarse.

En la medida en que sigamos permitiéndonos una escucha del sujeto, en esa misma medida continuará habiendo demandas de análisis, esto es justamente lo que sucedió con Freud al inicio, surgió el psicoanálisis de una escucha que no le fue posible hacer a la medicina desde su saber ni a ninguna otra disciplina, desde entonces ha tenido efectos tanto en lo particular de cada sujeto que ha hecho un análisis, como en la cultura.

La vigencia del psicoanálisis es también, y principalmente, responsabilidad de los psicoanalistas, pues sostener ese lugar pacientemente es la única posibilidad de que un acto psicoanalítico se produzca. Hoy en día, pero insisto, también desde época de Freud, el discurso imperante es el de lo práctico, de lo barato, donde no hay razón para echar una mirada a la esencia humana porque espanta, es el discurso de mercado, el del sujeto convertido primero en consumidor y ahora en el objeto mismo de consumo, es el de la ilusión de la completud y de la felicidad.

De esa forma las terapias breves y “científicas” resultan la elección más prudente, seria y eficaz, ¿quién quiere hoy en día dedicarle a un tratamiento

psíquico –no digo psicológico- tanto tiempo? o sea, ¿quién quiere hoy en día ocuparse más de sí mismo? ¿no es mejor arreglar rápido el “*desperfecto*” y seguir sin saber nada más de lo que pudo haberlo ocasionado?, ¿habrá una relación con ese no-querer-saber-más-nada-de-sí y la cantidad de posiciones melancólicas – trastornos depresivos les dicen los psicólogos y psiquiatras- que se presentan en estos días en un dramático aumento, donde precisamente no hay un lugar para el sujeto ni siquiera en el sujeto mismo?, es que el sujeto mismo es el que se pierde, es el dolor del no-ser; ese mismo no-ser que podemos ver en los empleados enajenados con un trabajo que no les permite la vida, hay que escuchar a los pacientes si no me creen a mi.

¿Cómo podría sostenerse el psicoanálisis si no sostenemos una posición desde él mismo? Hace dos semanas recibí una invitación de una persona a la cual tengo en la más alta estima; esa invitación provenía de una asociación que se adjetiva de psicoanalítica en México y que sostiene ser la representante de la causa freudiana oficial; esa invitación era a participar de un curso de terapia cognitivo conductual. Me pregunto cuál es la posición de los organizadores; he de decir que no sé si los organizadores sean analistas de esa asociación y sean ellos mismos quienes hayan impartido tal curso (¿no lo harían mejor los cognitivos conductuales?). ¿Por qué trabajar un curso cognitivo conductual siendo analistas? ¿por qué una asociación **psicoanalítica** formaría a terapeutas cognitivos conductuales? ¿es que creen que el análisis no es suficiente para tratar al sujeto hoy en día? ¿es que se tratará de emplear técnicas según el caso o el momento que viva el paciente? ¿dónde quedaría la posición ética del analista en ese caso? Existe también la posibilidad de que se tratara de una discusión y un diálogo con esa disciplina, lo que me parece siempre pertinente. La cuestión es que siempre somos producto de nuestros actos, el sujeto sucede al acto que lo funda como tal, decimos de alguien que es honesto porque se conduce honestamente en sus actos, o que es mentiroso porque miente, o que es analista porque sostiene esa posición –siempre resbaladiza por cierto- ante otro para que pueda analizarse, es el acto lo que adjetiva y nombra y hace existir al sujeto de ese acto.

Acaba de publicarse un libro en Francia llamado *El libro negro del psicoanálisis* que pretende denunciar las fallas de este método y sus terribles consecuencias; invita a quienes acudan con un analista a dejar de hacerlo y asistir mejor con terapeutas cognitivos conductuales, así como invita a quienes se están formando en la clínica o a quienes ya se sostienen como analistas a abandonar esa práctica (según información que un querido amigo me hizo llegar donde aparece una carta de Élizabéth Roudinesco quien responde a esa publicación). Como vemos, nada de esto es nuevo para el psicoanálisis, pues una de sus características esenciales ha sido la de poner en crisis a diversas teorías e ideologías así como al sujeto mismo (¿quién no ha vivido alguna crisis en su análisis?), lo que históricamente ha dado lugar a todo tipo de resistencias contra el análisis, como Freud mismo lo percibió.

Estoy de acuerdo con Derrida en que el problema actual para el análisis, su crisis, en todo caso, consiste en su dificultad para poner en crisis. En la medida en que hay quienes han pretendido poner al psicoanálisis al servicio de otras disciplinas, subordinándolo y mutilándolo de todo aquello que resulte incómodo o impracticable ante los fines propuestos por la otra disciplina, en esa medida intentan adaptar al psicoanálisis mismo tal como intentan adaptar al sujeto a su medio; (en una ocasión escuché a una mujer que se decía psicóloga psicoanalítica (¡?!), y en otra a alguien que decía que su madre es psicoanalista pero que también practica aromaterapia y da masajes).

Creo que no tenemos que alarmarnos ante los ataques que se le dirigen al psicoanálisis –y le seguirán dirigiendo-; lo importante, me parece, será la posición que sigamos tomando ante los sujetos que escuchemos como analizantes, la posición ética que tomemos ante los eventos que acontecen en esta nuestra época, la posición que tomemos ante el deseo y nuestra propia escucha, y sobre todo, la posibilidad que nos demos de mantener siempre vigente la pregunta de ¿qué es el psicoanálisis? dispuestos a escuchar al sujeto de lo inconsciente en su

actualidad, que es la de sus actos. Afortunadamente el psicoanálisis no es una moda.

La apuesta seguirá siendo sostener la posibilidad de escuchar y seguir siendo a pesar y por medio de la falta que articula al deseo, sin deseo no hay sujeto.

El riesgo de la continuidad del psicoanálisis aparece cuando se intenta hacer de él una ortopedia, o sea, una mera técnica para que el sujeto se adapte al medio, digamos a la demanda del Otro; esas intervenciones en nombre del psicoanálisis no se distinguen de la del cirujano plástico que ofrece a una persona la posibilidad de transformar su cuerpo para adaptarse a una moda hecha de pura imagen constituida desde el campo de la demanda del Otro, ¿Cuántas mujeres operadas de los pechos conoce usted por ejemplo, o cuantas de las caderas o de los glúteos, de la nariz, de los labios, etc.?, aunque esto no es privativo de las mujeres por más que sean las primeras clientes para las cirugías plásticas, noten cómo se con-funde el sentido de la plasticidad a lo artificial del plástico; bueno, esas y esos operad@s –incluso así escriben ahora para hablar de “ellos” y “ellas” al mismo tiempo ¿no?-, todos esos sujetos que ingresan a los quirófanos para transformar sus cuerpos (donde podemos encontrar a los transexuales en un extremo), vienen a ser psicóticos en el sentido en que Freud adjudica la imposibilidad de asumir la realidad, negándola y poniendo en su lugar otra, la realidad psíquica, ahí donde el sujeto no puede transformar su Yo para integrarse a la realidad y transforma esa realidad para adaptarla a su Yo⁸. Como ven, si atendiéramos lo que Freud nos dice en esos textos donde se dedica a ubicar la distinción y las características de la neurosis y la psicosis, todos esos serían designados como psicóticos, o al menos de estructura psicótica, pero como no es el caso que aquí me interese resaltar, digo que el psicoanálisis puesto al servicio de una adaptación en detrimento del sujeto del inconsciente, no es más que una ortopedia donde lo psíquico sería *toreado*, manipulado y hasta embellecido para otro y entonces tener felizmente la aceptación total de todos cuanto nos rodeen.

⁸ Freud, S.(19) Neurósis y psicósis

La aceptación se ha venido a convertir más que nunca –contribuyendo en gran medida los medios de (des)comunicación- en la demanda del deseo del Otro que articula a la posición histórica de la que nos advirtió Lacan en su discurso sobre la histeria. Para las personas parece ser de vital importancia tener ese reconocimiento que lejos de darles un lugar en su particularidad de sujetos, los viene a diluir en un todos-iguales, todas *güeras* y *chichonas*, todas flacas, todos guapos, etc., donde justamente lo que no hay es lugar a la particularidad del ser, y luego se extrañan de la diversidad de posiciones psicosexuales que han surgido; cómo no esperar que lo particular se abra paso de alguna forma si no se le da un lugar a esa particularidad (la del deseo); como sucede con el ejemplo que señalé en el párrafo anterior, el de *operad@s*, o *tod@s*, pues ahí, en la misma escritura se pretende abarcar la diferencia sexual eludiéndola.

Es así también como la persona que se hace operar para transformarse elude la particularidad de su ser en el propio cuerpo a costa del mismo cuerpo, que justo por tener una relación privilegiadamente imaginaria con ese cuerpo, intenta dar el salto a la manipulación de lo real del cuerpo.

Ahí encontraríamos igualmente una posición psicótica desde la propuesta de Lacan, donde lo que no se pudo simbolizar –el significante fálico, producto de la metáfora paterna- regresa luego desde lo real; con la distinción que aquí es el sujeto quien hace regresar ese significante de lo imaginario a lo real, en donde el cuerpo perfecto se perfila en el horizonte de la esperanza neurótica como ideal del Yo. ¿Quién puede querer de buena gana hacerse anestesiar para que le corten la piel con un bisturí y manipulen sus órganos; le introduzcan luego bolsas plastificadas entre las carnes y encima pagar por eso? ¿conoce usted el traumatismo físico y el sufrimiento que implican estas operaciones?, goce puro.

Llama la atención que en la mayoría de los lugares en que se ofrecen cirugías plásticas, uno de los argumentos principales que emplean para invitar a

las personas a someterse a las mismas es una *baja autoestima y depresión*, (incluso hay folletos al respecto), habría que ver a qué se refieren con eso, pero la invitación que al menos yo leo entre líneas es: “*¿no le gusta su cuerpo?, ¿no se gusta usted?, ¿está deprimido por eso?, no se preocupe y tampoco se pregunte nada al respecto, venga con nosotros que nosotros le cambios ese cuerpo; si se puede ¿por qué no hacerlo? Todo para que usted se sienta mejor*”. Una posición irresponsable y perversa donde alguien se erige como el que sabe lo que hace falta al otro, y no sólo eso, sino que lo tiene para dárselo y hacerlo feliz, imponiendo un modelo de felicidad y de estética alienante al sujeto mismo.

De forma semejante, cuando logren adaptar al psicoanálisis, como se intenta ya desde algunas propuestas terapéuticas hacer con el sujeto, cuando ya no cause ninguna incomodidad a la hipocresía humana, cuando la pulsión sea pretendidamente domeñada, cuando el psicoanálisis termine por ser aceptado, reconocido oficialmente y entonces subrogado y tragado por el discurso científicista y universitario, estaremos entonces ante el fin del psicoanálisis, donde ningún síntoma, sueño, chiste, lapsus, ni discurso podrá decirle nada al sujeto de sí mismo en la medida en que el sujeto no se escuchará. Lo único que podrá escuchar es lo que el Otro de la ciencia tendría para decirle sobre eso que le acontece porque ya estaría explicado. No habría entonces ninguna diferencia con el discurso religioso donde TODA explicación estaría ya contenida en la Biblia, el libro de todos los libros; delirio puro, preeminencia de lo imaginario, dogma.

Eso seguramente pasará si, y sólo si, dejamos de escuchar al sujeto del inconsciente que hasta ahora, nos sigue hablando.